



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

El karma de Washington

A sí como los candidatos presidenciales mexicanos prometen acabar con la corrupción, los candidatos a la Casa Blanca prometen separarse de la maquinaria política de Washington y su bien ganada fama como un cínico maratón de influencia y dinero.

Todos prometen y todos fallan, de modo que cada cuatro años hay que volver a prometer que los usos y costumbres de Washington serán derrotados.

Pocos han puesto tan alto el listón en materia de proclamar una nueva ética para el gobierno de Washington como Barack Obama. Y ha empezado a pagar.

Primero fue la predesignación del secretario de Comercio a Bill Richardson, quien se vio obligado a no tomar el puesto porque tenía en puerta una acusación de tráfico de influencia por fondos de campaña.

Luego fue el secretario del Tesoro, Timothy Gheithner, quien reconoció ante el comité senatorial que lo interrogaba haber evadido alguna vez miles de dólares de impuestos.

En estos días se quemó los dedos nada menos que el propuesto secretario de Salud, el senador Tom Daschle, quien dijo ante su respectivo comité senatorial haber omitido el pago de 120 mil dólares en impuestos.

El ojo público cayó sobre Daschle y sobre Obama. *The New York Times* recordó que Daschle habría ganado hasta 5 millones de dólares

usando su influencia en Washington.

El desencanto de la izquierda liberal no se hizo. *The Nation* pidió retirar la candidatura de Daschle y "revivir la marca de fábrica de la campaña de Obama que le hizo ganar".

The Huffington Post, el blog liberal, se preguntó si este era el mensaje que realmente quería enviar Obama en su primer mes de gobierno: "que se puede violar o forzar la ley en la medida en que beneficie a uno de los nuestros con talento".

Daschler, la carta fuerte para una carta mayor del gobierno de Obama: la reforma del sistema de salud, renunció anteayer al puesto ofrecido. Obama lo lamentó pero dijo llanamente a Karen Couric de CBS: "Me equivoqué, lo arruiné" (*I messed up, I screwed up*).

Los lectores de Weber y Maquiavelo saben que la política no es asunto de ángeles y que la ética y el gobierno son mundos difíciles de conciliar, al menos en el sentido tradicional de la ética como el orden moral del individuo y del gobierno como el instrumento del bien público.

Obama vive en carne propia esta vieja tensión de la política, un conflicto de valores éticos que las promesas de campaña agrandan y la política de cada día tiende a olvidar. ■■

acamin@millenio.com

(Ver: The Travails of Tom Daschle y Peter Baker: Obama's Pledge to Reform Ethics Faces an Early Test, *The New York Times*, 2/2/09)

